

a Armando Entralgo, director del CEAMO, traza un puente entre el inmediato pasado colonial y las actuales independencias, y hace una especie de recapitulación de los factores que parecen explicar las especificidades continentales en el orden histórico, desde antes de Berlín hasta nuestros días.

La parte cuarta y última, escrita por Silvio Baró, jefe del Departamento de Países Subdesarrollados del C.I.E.M, trata sobre «La actual crisis económica capitalista: sus efectos en los países africanos», analizando la situación actual, consecuencia en primer término de la acción colonialista desencadenada por los acuerdos adoptados en Berlín.

El libro incluye, en sus últimas páginas, una relación de la bibliografía consultada.

J. U. MARTÍNEZ CARRERAS

CABRERA, Miguel Angel: *Africa en armas*. Madrid, IEPALA, 1986.
— *Africa internacional*: 1. El militarismo.—2. Sudáfrica. Madrid, IEPALA, 1986 y 1987.

El IEPALA (Instituto de Estudios Políticos para América Latina y Africa), organismo no oficial, está manteniendo un creciente interés por Africa publicando trabajos sobre Mozambique, Eritrea, etc., muchos de ellos firmados por un llamado colectivo «Africa», que prácticamente se reduce a dos personas: Antonio Santamaría y Miguel Angel Cabrera.

Con un formato muy similar a sus trabajos sobre Grecia, Filipinas, etcétera, han publicado recientemente *Africa en armas*, obra personal de Miguel Angel Cabrera y los dos primeros números de *Africa Internacional*, el primero dedicado al militarismo y el segundo a Sudáfrica, ambas con formato de bolsillo. En realidad, estos tres trabajos tienen muchos vínculos comunes en la obsesión temática propugnada en el IEPALA, cuyos fines, reconocidos en la introducción de *Africa en armas*, son ideológicos y políticos. Ciertamente el aspecto científico es secundario ante su militancia claramente expresada. Por ello es frecuente encontrar errores, algunos de bulto, históricos, geográficos, étnicos, y afirmaciones sin ningún fundamento científico serio. Uno de los cambios de postura más irónicos es respecto a los movimientos de liberación de Eritrea, que antes eran elogiados en su heroica lucha contra el gobierno central de Etiopía que dirigía el pro-estadounidense emperador Haile Selassie. En cuanto se instauró en Addis Abbeba el marxista Mengistu Haile Marian, el movimiento eritreo ha sido tachado de reaccionario y de estar apovado por Arabia Saudí.

Paradójicamente, la unión de Eritrea y Etiopía que preconizara Mussolini y la imposición fascista al Primer Ministro de la Francia de Vichy, Laval, para aprovecharse de su debilidad y obtener la cesión

de la franja Norte del Chad Auzu a la Libia italiana, tienen sus mejores defensores en la España actual en el IEPALA. Y es que defender el imperialismo de Mengistu y Gadafi es defender el imperialismo de Mussolini. La Historia se repite.

En el número dedicado al militarismo, Ferrán Iniesta (reintroducir del tema de la conquista hispano-morisca del Sudán a finales del siglo XVI) hace una interesante aportación de la primera utilización de las armas de fuego en la Historia del Africa Negra, usando la traducción de Oudas de Tarik-es-Sudán de 1964 e ignora que la primera edición se puede consultar en el Centro Ortega y Gasset y es la utilizada tanto por el insigne filósofo como por Emilio García Gómez en sus artículos en la *Revista de Occidente* de 1924 y 1935. Aclara el verdadero significado de la expresión «moro muza», que es el Kanka Muza y no el Muza de la invasión de España, y en general es bastante válida, aunque siempre se desliza algún error infantil: la denominación de Yuder al jefe de la expedición, natural de Cuevas de Almanzora, no viene de un juramento malsonante, sino de «Yaudar», que en árabe significa hombre pequeño y las crónicas árabes del Tarik le definían: «Hombre pequeño de ojos azules». También en *Africa Internacional* número 2 aparece en *Suráfrica del siglo XVI al apartheid* (págs. 20 y 21) la traducción de Bahía de la Mesa (por la Meseta sobre Ciudad de El Cabo) como Bahía de la Tabla. Se dice también que Jan van Riebeck, el fundador de la ciudad, llegó con tres barcos (ese fue Colón); van Riebeck llegó con cinco: «El Elefante», «El Dromedario», «La Ballena», «El Reijger» y «El Gode Hope» («Buena Esperanza»), etc.

Pero hay otro detalle próximo a la conquista de América, ya que también la hacen mayoritariamente hombres, y por ello se mezclan con las mujeres de los denominados despectivamente hotentotes, que por su mayor estatura eran más atractivas que las bosquimanas; así que es una actitud muy distinta, la mantenida por los antepasados, respecto a la de los segregadores actuales. De todas maneras, y a pesar de no dar la importancia adecuada a Mzilikasi y los Ndebeles en Suráfrica hasta el «Mfecane» zulú, es también un trabajo científicamente serio. Si bien no fue un blanco fanático el que mató a Werwoerd, sino un mestizo de origen portugués, porque no le dejaban convivir con su amante negra; ni tampoco las mayores matanzas de Sudáfrica se producen entre pondos y xhosas (p. 28), sino entre zulúes y pondos enfrentados desde que los zulúes causaron el hambre de este pueblo al robarles el ganado en 1828; ello ha provocado un odio visceral entre la tribu zulú, la más numerosa de Sudáfrica, y los pondos, la quinta más importante del país y da lugar a continuos y sangrientos enfrentamientos. En temas tan serios no se puede generalizar y cambiar un nombre por otro.

En el artículo sobre la economía, de Rafael Dobado, no se explica la total dependencia de la industria automovilística mundial del cromo

sudafricano y la de toda el Africa negra de la superproducción alimenticia del gran poderoso vecino austral.

Antonio Santamaría no indica que los primeros pobladores de la colonia de El Cabo eran antiguos combatientes de la guerra de los 30 años y cafir viene del árabe «infiel», no del hindi, pues «hindú» es una denominación religiosa y no idiomática. Y aspecto importante, cuando el comercio sudafricano con Europa y Norteamérica disminuye, con sus vecinos africanos aumenta, incluyendo a sus teóricos enemigos de la llamada «línea del frente».

Como magnífico podríamos considerar el artículo de Antonio Pacheco (p. 73) sobre el contexto de Africa del Sur. Se analiza la gran emigración de los países del oriente africano para trabajar en las minas desde 1870 y los porcentajes de mineros extranjeros disminuidos hoy en Mozambique a 41.000. También fuente vital del Lesotho, Malawi y Botswana con 130.000 trabajadores, y sobre todo la exportación del cobre de Africa Central-SUR a través casi exclusivamente de ferrocarriles y puertos sudafricanos. Y el detalle paradójico de comprar electricidad Zimbabwe, Mozambique, Swazilandia, etc., a la ESCOM sudafricana. Si bien se plagia la expresión del profesor Tomás Mestre (*Africa como conflicto*) sobre los «estados-rehenes» se expone crudamente el significado de Botswana en el comercio de la nación racista con todos sus vecinos estados negros. El artículo de Fernando Mariño, profesor de la Universidad de Zaragoza, hace (p. 92) a la República Federal Alemana, miembro de la ONU y a los blancos de Sudáfrica descendientes de *escandinavos* (p. 103). Además de holandeses, descendientes de alemanes, británicos y franceses.

El teólogo Juan Bosch (p. 123) desconoce que Robben Island, el Alcatraz sudafricano, fue cerrado hace ocho años.

En *Africa en armas* (Cabrera) las omisiones son continuas, ignora que los italianos conquistaron la Somalia británica. Se olvida la gran cantidad de africanos (p. 13) que estudiaron en las academias españolas, desde Mizzian a Obiang, pasando por Kuera y Amekran, los pilotos que atacaron el avión de Hassan II.

Isla Mauricio ha sido colonia británica, hasta el extremo de haber sido sede de una reunión de la Commonwealth (p. 15). No se puede incluir Timor e Indonesia en balances africanos sin hablar de Afganistán.

Gizenga no secesionó Kasai (p. 34) del Congo ex-belga, hoy Zaire; fue Alberto Kalonji; Gizenga se posesionó en el Alto Zaire de la entonces llamada provincia oriental. En la página 47 se dice que los eritreos se vendieron a los «petrodólares» y por ello fueron abandonados, y ello «no se debió a las aspiraciones geoestratégicas de la Unión Soviética». Igual que no se considera verosíblemente el suministro de material militar comunista y se elogia a la URSS de forma extraordinaria (p. 89). A los guerrilleros afganos que luchan contra los invasores

de su país se les llama «la contra afgana». Y aunque las referencias al Chad son bastante válidas, se indica que Ouadi Dum está en Auzu, cuando en realidad se encuentra a 600 kilómetros. El proceso del libro está calcado de la obra de José Luis Cortés, *El golpismo en África negra* (publicado por el CIDAF en 1982), aunque mal copiado. Se sitúa en marzo la muerte de Sadat, cuando todo el mundo sabe que tuvo lugar el 6 de octubre cuando se conmemoraba en un desfile militar el paso del canal de Suez en la «guerra del Ramadán».

En general no se valoran adecuadamente los aspectos tribales, que al menos Antonio Santamaría conoce bien. Un portavoz del IEPALA en el Ateneo llegó a decir que «después de la guerra del Congo en África no había habido guerras tribales». Y no sólo estos hechos son muy conocidos y no terminan nunca, sino que se ha marginado y olvidado la terrorífica matanza de ibos en la guerra de Biafra, las de Ruanda, Burundi, Uganda, etc. En la página 16 se confunde al mercenario Bob Denard, fiel colaborador de Mobutu, con el «loco» Mike Hoare, que se sublevó contra el dirigente zaireño.

Como resumen final, valorando meritoriamente las aportaciones de Villarino y Pacheco, así como aspectos positivos de Ferrán Iniesta, hay una irregularidad general donde coinciden aportaciones válidas con importantes errores. Por ello debemos lamentar que el órgano de ambiente africano con más medios económicos para publicación, cuide tan poco sus ediciones y no utilice a su pomposo consejo editorial para algo más que figurar en una lista incluida en páginas interiores. Si lo hiciera así, se evitaría la sonrisa continua que produce la lectura de errores hasta en lo más elemental.

JUAN MANUEL RIESGO PÉREZ-DUEÑO